

añade información digital a la información física que facilitan nuestros *Smartphones*. Esta metodología de *realidad aumentada* se incluye en tres páginas de este libro a las que es posible acceder a través de www.cartografiaslectoras.com.

En términos generales, puede considerarse que este volumen es extraordinario no sólo porque es un proyecto innovador sobre la lectura, sino porque es un símbolo de unión a través de la lectura. Nos aporta una visión renovada, pero además, nos facilita una nueva aplicación que dinamiza nuestras vivencias lectoras. Es posible crear una red, un mapa, un lazo de unión tanto intelectual como social.

A modo de conclusión, debemos destacar que una de las ideas que trasciende a este libro es la necesidad de fomentar y agilizar la lectura en una sociedad más allá de los niveles educativos obligatorios. Ello justifica que entre sus objetivos se encuentran la lectura y la escritura como eslabones principales de la educación en todos los ámbitos universitarios, momento en el que parece que pierde intensidad la lectura como cauce de aprendizaje. De tal forma, se pretende reforzar la lectura ya que, tanto a nivel cognitivo como del desarrollo del individuo, es beneficiosa.

Resulta relevante ver cómo gracias a la lectura es posible la convivencia,

incluso el goce y el disfrute basados en la participación de certámenes literarios, en la lectura de fragmentos, o siendo partícipes de nuevos fenómenos lectoescritores como los *fan-fictions* o *performances*. La lectura crea por sí sola redes, de tal modo que es posible elaborar una cartografía que los propios lectores trazan con sus iniciativas.

Pilar Morilla Rozo
Universidad de Cádiz
p.morillarozo@gmail.com

Cercas, Javier

El impostor. Barcelona: Literatura Random House, 2014. 425 pp. (ISBN: 978-84-39729723)

El hombre que mató a Liberty Valance tuvo suerte. Ya anciano, tras una fructífera carrera política, admite ante un periodista que no fue él quien liquidó a un temible forajido. No es cierta, pues, la hazaña en la que se cimenta su fama. El reportero, en lugar de aprovechar la exclusiva, hace como que no ha oído nada. En el Oeste, entre la Historia y la Leyenda, prefieren la Leyenda. Menos mal, porque si el personaje de James Stewart viviera en España y realizara la misma confesión, ya lo hubieran quemado simbólicamente en un auto de fe mediático. Sin que sirvieran de disculpa los

muchos años empleados en el servicio público. Denunciaríamos entonces la impostura con nuestra retórica más virtuosa, sintiéndonos por contraste más puros. La mentira del reo haría resplandecer nuestra verdad, igual que aquellos seres deformes de la corte de los Habsburgo ayudaban a realzar la belleza de los “normales”. Para rematar la faena, Javier Cercas habría escrito un libro exhibiendo su asco ante la escasa catadura moral del interfecto.

Después de leer *El impostor*, la última novela de Cercas, no queda demasiado claro si el personaje al que se refiere el título es tan luciferino como lo pintan, por no hablar del problema añadido de su identidad. Lo obvio sería suponer que se trata de Enric Marco, el fabulador que engañó a todo el mundo haciéndose pasar por un preso político de los nazis. Pero... ¿y si el verdadero farsante fuera el propio Cercas? La conjetura no es gratuita: nada más comenzar la acción, cuando él dice que todos somos algo impostores, su amigo y colega Ignacio Martínez de Pisón le responde a bocajarro: “Sobre todo tú”.

El comentario de Martínez de Pisón aporta la primera pista que nos lleva a darnos cuenta de que el personaje, Marco, funciona como un espejo en el que se proyectan los demonios más inconfesables del autor, quien, de esta manera, puede

hacer lo que más le gusta, hablar de sí mismo.

Se supone que nos encontramos ante una novela sin ficción, en el sentido de que una historia verdadera se cuenta con los recursos narrativos propios de la literatura. Pero, justo por esa razón, el relato solo puede pertenecer al orden de lo ficticio. Su artífice no consigna los hechos como si fuera un cronista o un historiador, sino que los organiza en función de su efecto dramático. No retrata a los protagonistas sino que los inventa, como por otra parte debe hacer cualquier fabulador.

¿Novela sin ficción? La primera y más importante es la del escritor que pretende haber escrito un libro valiente, una historia épica en la que el Elliott Ness de la literatura se enfrenta al Al Capone de la memoria histórica. Pero, como bien dice Cercas, el énfasis en algo delata lo contrario. Marco no dejaba de utilizar la palabra “verdaderamente”, aunque mentía. Nuestro autor insiste en presentar su proyecto como algo temerario aunque, a fin de cuentas, no hace otra cosa que escribir a favor del viento y hacer leña de un árbol caído. Porque Marco, después del escándalo, descendió de la condición de vedette a la de apestado social. Criticar salvajemente a ese anciano no constituye un acto de coraje sino todo lo contrario, buscar el aplauso

fácil. ¿Por qué no se mete Cercas con Jorge Semprún y desvela los puntos oscuros de su etapa como prisionero del Tercer Reich? El prestigio de Semprún, como político y notabilísimo escritor, habría hecho la crítica mucho más arriesgada.

Marco sería la punta del iceberg de la degradación de la memoria histórica a la condición de puro negocio. Es fácil criticar a los demás, pero..., ¿qué es la reciente reedición del libro de Bermejo sobre Francisco Boix, *El fotógrafo del horror* (RBA, 2015), sino una operación editorial muy lucrativa? La presentación tuvo lugar en un lujoso auditorio de Barcelona en un acto muy concurrido, lleno de progres o pseudoprogres que seguramente necesitaban continuar sintiéndose rebeldes. Cercas fue la gran estrella del acto, que para eso es el prologuista de lujo. Dijo, entre otras cosas, que la Amical de Mauthausen hizo una gran labor para restituir la verdad histórica. Si alguien le hubiera preguntado quién era el presidente de la organización, no habría tenido más remedio que citar el nombre del gran maldito, Enric Marco. Esta fue una de las varias omisiones o tergiversaciones, para nada inocentes, detectables en el discurso de los miembros de la Mesa. Se reconoció, por ejemplo, que Boix disfrutaba de una posición material superior a la del común de los presos, pero nadie le defi-

nió como Kapo. ¿Esta es la precisión de los nuevos cruzados de la verdad?

Marco mintió, ciertamente, pero... Su caso nos recuerda al de Tootsie, esa supuesta actriz interpretada por Dustin Hoffman. Aunque engaña a todos haciéndose pasar por mujer, lo decisivo es que aporta a Julie (Jessica Lange) una presencia benéfica que le devuelve su dignidad como persona y su confianza como actriz. Por tanto, de una patraña pueden derivarse consecuencias positivas. Lo comprobamos al certificar que nadie hizo más que Marco para recuperar del olvido a las auténticas víctimas del Holocausto. Le gustaba salir en la foto, por supuesto, pero su facilidad de palabra encandilaba a los periodistas y permitía así que una verdad, la naturaleza asesina del fascismo, llegara a muchas más personas.

Si hubieran hablado los verdaderos presos, la mayoría ancianos de expresión torpe y memoria disminuida, lo más seguro es que nadie les hubiera hecho caso. Nuestro hombre, por el contrario, seducía a sus audiencias y predicaba a los jóvenes el valor de la dignidad y del coraje. Consiguió así que un muchacho que pensaba suicidarse desistiera de su empeño, al comprender que su problemática no era esa montaña que a él le parecía. Su carta de agradecimiento, transcrita por Cercas, estremece. Sólo por eso

deberíamos ser un poco menos crueles al juzgar a una especie de Walter Mitty que se construyó un mundo a medida donde él era un héroe. La mentira, en su caso, le sirvió para sobrellevar una realidad prosaica. Dice el Evangelio que la verdad nos hará libres, pero, ¿no es la ficción lo que nos permite soportar lo insoportable al abrirnos a otra dimensión, la de la vida que no llevamos?

Cuando el escándalo estalló, hubo quien, en nombre de la justicia, sugirió que a Marco sólo le quedaba una salida digna, la del suicidio. El que así habló sin duda se consideraba una persona moderna e incluso progresista, sin advertir que aplicaba una lógica profundamente rancia: determinadas culpas sólo se lavan con sangre. El general Franco no razonó de otra manera cuando su colega, Sanjurjo, fracasó en su intentona golpista de 1932: “Se ha ganado el derecho a morir”, afirmó.

La idea de la muerte sobrevuela algunas páginas de *El impostor*. Después de hacer mala sangre en cantidades industriales, Cercas, en una efusión sentimental, expresa su voluntad de salvar a Marco como Cervantes salvó a don Quijote, devolviéndole a la realidad. Dejando aparte si se considera o no al mismo nivel que el genio castellano, el hecho es que don Quijote vuelve a ser Alonso Quijano sólo para morir. No es un gran consuelo, aun-

que lo haga como el hidalgo honrado que fue siempre. En cambio, Marco tiene todos los números para morir como un paria. En gran parte, gracias a Cercas, cuya idea de “salvación” parece francamente peculiar.

Seamos, pues, un poco menos justicieros y algo más compasivos. Sobre todo con los mentirosos que nos dicen lo que queremos oír, de manera que, en la práctica, nos convertimos en corresponsables de sus fábulas. En una película reciente, *Samba*, un emigrante, Wilson, se hace pasar por brasileño porque sabe que así va a caer más simpático. Dicho y hecho: conquista a una francesa fanática de los sudamericanos. El protagonista, interpretado por un espléndido Omar Sy, no se deja engañar y le pregunta que cuál es la capital de Brasil. “Argel”, le responde el otro, sincerándose. ¿Quién podrá reprocharle su falsedad? En cambio, en nuestro día a día, observamos una tolerancia generalizada hacia personajes tan turbios como el pequeño Nicolás, representante de no sabemos muy bien qué oscuros intereses.

El impostor ganaría muchos enteros si Cercas, en lugar de procesar a Marco, en lugar de preocuparse con que alguien pueda decir que le hace el juego a un mentiroso, nos hubiera transmitido la fascinación que envuelve a los grandes farsantes. El moralismo es enemigo de la litera-

tura, que ha de saber seducirnos con la complejidad de los personajes ambiguos, siempre en la difusa frontera entre el bien y el mal. Pero para eso hay que quitarse el disfraz de Torquemada y empatizar con el héroe o antihéroe. Por desgracia, Cercas fue incapaz de ponerse en el lado de su protagonista. Él mismo reconoce que en sus primeros encuentros estaba “frío, tenso, fiscalizador y reticente”. Más tarde, llegó, quizá, a sentir una secreta simpatía hacia Marco. Es lo que intuimos cuando lo presenta como una especie de héroe nietzscheano que, confrontado al dilema de tener que elegir entre la verdad y la vida, elige la vida. Este hubiera sido un punto de partida literariamente más fructífero, pero en *El impostor* queda como algo descolgado porque Cercas, aunque se las da de iconoclasta, nunca se libra de la ortodoxia políticamente correcta. Tal vez sienta simpatía por el diablo, pero no hasta el punto de dejar que esa secreta fascinación contamine el libro.

Desprovisto de complejos puritanos, Mario Vargas Llosa hubiera escrito una obra maestra con la misma materia prima. Aquí, en cambio, sólo tenemos a un simple epígono de Truman Capote. El escritor norteamericano, en *A sangre fría*, se aprovechó de unos convictos por asesinato a los que hizo creer que iba ayudarles,

para dar a la luz un gran libro, aunque fuera al precio de condenarse moralmente. Cercas ha querido hacer lo mismo durante sus entrevistas a Marco, aunque sólo ha conseguido ocasionales destellos de interés. Sobre todo, por la confusión entre Literatura e Historia. Él quería separar lo que había de verdad y de mentira en el testimonio de Marco. Eso puede tener algún tipo de interés erudito, pero ninguno literario. Porque, como el mismo Vargas Llosa ha recordado mil veces, lo importante no es la realidad real, valga la redundancia, sino la capacidad del autor para fingir una realidad alternativa.

El impostor también es una novela fallida por las continuas reiteraciones que entorpecen la lectura, lo mismo que por el exhibicionismo del narrador, incapaz de evitar la tentación de hacerse acompañar por su hijo a modo de escudero. Suerte que el muchacho demuestra mucha más sagacidad. Y suerte también del éxito comercial de un volumen que ha cumplido así su principal objetivo, hacer caja.

Francisco Martínez Hoyos
 Revista *Historia, antropología y fuentes orales*
 fmhoyos@yahoo.es